

Muy alegre

Fernando Torre, msp

Tú, yo y todos anhelamos estar contentos, ser felices. Con frecuencia les deseamos alegría a los demás: «que te vaya bien»; «disfruta tu viaje». Conchita Cabrera de Armida le dice a su hija: «muy alegre, muy santa, muy humilde, muy desprendida de la tierra, muy feliz te desea con toda el alma tu mamá que tanto te quiere»¹.



Queriendo obtener alegría, algunos se lanzan a buscar placeres; otros persiguen la fama o las alabanzas de los demás; otros cifran su felicidad en tener dinero, cosas o poder. Pero lo único que consiguen es experimentar más vivamente su vacío y tristeza.

Opuesto a esto es el consejo para conseguir alegría y felicidad que Conchita le da a Teresa de María: ser santa, humilde y desprendida. Jesús nos había dado una receta semejante en las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,1-12).

Seamos *santas/os*. Creamos que Dios nos ama y correspondamos a su amor; dejemos que el Espíritu Santo nos transforme en Jesucristo; hagamos la voluntad del Padre; amemos como Jesús; luchemos contra todo pecado y tentación; vencamos nuestro egoísmo. La santidad es fuente de una verdadera y honda alegría.

Seamos *humildes*. Aceptémonos como somos y caminemos hacia lo que estamos llamadas/os a ser; vivamos en la verdad; sirvamos a los demás; disfrutemos lo que hay, sin enojarnos por lo que falta; valoremos lo sencillo, lo pequeño; vencamos nuestro orgullo. La humildad mantiene viva la llama de la felicidad.

Samos *desprendidos de la tierra*. Si Dios es nuestro tesoro, podremos prescindir de muchas cosas. Valoremos la austeridad y experimentemos sus saludables efectos. Las cosas que poseemos nos poseen; los apegos nos esclavizan. Vencamos nuestra avaricia. El desprendimiento nos dará libertad.

Dios te creó para alegría; ¿qué has hecho hoy para conseguirla?, ¿y qué harás en el resto del día?

¹ En *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 485.